

**MARTÍN GÓMEZ, M., *Diario de una filósofa embarazada*. Madrid:
Tecnos, 179 páginas.**

PEDRO MARTÍN LAGO

Doctor en Filosofía
MEC - UNED
pmal0002@gmail.com

Recibida: 9/04/2021
Aceptada: 6/09/2021

En la Historia de la Filosofía podemos encontrar todo tipo de temáticas y problemáticas. Algunos dicen filosofemas. O sea, el tema como problema: qué es la vida, qué es el alma, qué es lo que está bien o mal, etc., temas que, posteriormente, llevan su desarrollo o explicación. Son las filosofías. Porque la filosofía no es –o no es sólo– un saber académico, sino una manera de entender nuestra propia existencia. Y esto es clave para lo que viene después. No hay forma de vivir una vida como seres humanos sin tener antes una filosofía de vida. (Eso que los alemanes llaman una *Weltanschauung*).

De vida, desde luego, pero también de muerte, como último tramo de la vida y sus tejemanejes (consecuencias) morales o religiosos. Por eso algunos filósofos, padres y escritores que publican libros, se han atrevido a dedicar sus obras a sus hijos, con la intención de exhortarles, para que en su *neotenia* (los educadores llaman *educabilidad*) se dejen llevar por el buen camino de la *eudaimonía* (Aristóteles), la moralidad práctica (Séneca), o más recientemente, entre nosotros, la ética o la política (Fernando Savater escribió a finales del siglo pasado un manual de ética y otro de política dedicados a su hijo Amador) en interacción e interactuación. No en vano Nietzsche escribió, “el niño es el padre del filósofo”.

Resulta asombroso que en estos y en otros casos (San Agustín, Rousseau, Hegel, Freud o Piaget) hayan sido filósofos, quienes, si bien experimentaron su paternidad con hijos naturales o legítimos, no llevaron “en sus entrañas” a estos mismos hijos y tal vez por esto tampoco se les ocurrió reflexionar sobre el momento glorioso de la recreación de una vida. Por esta razón, María Martín, profesora de filosofía en la Universidad de Salamanca, y ahora *madre admirable*, se ha atrevido a romper reglas y tradiciones (traiciones), ofreciéndonos este

original y refrescante ensayo que la autora decidió escribirse a sí misma para explicárselo a ese ser que estaba surgiendo a la existencia. Y de esa escritura, íntima y reflexiva, salieron estas hermosas páginas que componen el *Diario de una Filósofa Embarazada*.

Desde el principio, su autora, nos hace partícipe del objetivo: “Ahora seremos tú y yo, hijo mío, los protagonistas de esta historia”. Una historia que como en toda filosofía (Historia de la Filosofía) empieza con el *thaumazein*, el momento del asombro. Este asombro no es otro que la admiración ante las cosas (Ortega) y que tiempo atrás, veintitantos siglos, ya señalaron los maestros griegos (Platón y Aristóteles) como causa y origen del filosofar, razón por la cual nuestra joven autora “embarazada” (“lo confirmo: no hay más deseo de conocer que cuando se está embarazadas por primera vez”) ha querido preguntar e interpelar en solitario y en solidario. “Lo he hablado con otras mujeres que han estado embarazadas y la mayoría coincidimos”.

El cuerpo, y en especial el cuerpo humano, ha sido considerado en filosofía una parte esencial del *ser personal*. María ha rastreado en los filósofos magnos (Platón y Aristóteles), ha mencionado a los cínicos de toda laya (Cioran, con sus inconvenientes), escépticos, consoladores y terapeutas (Séneca, Boecio), existenciales (Kierkegaard, Schopenhauer) y existencialistas (los Gabrieles, Heidegger y Sartre), perspectivistas (Ortega y Gasset), negacionistas y antinatalistas. A todos mira y a ninguno admira filosóficamente, porque ella, como futura madre, milita en la filosofía de la ilustración: “Jamás me ha parecido mal que alguien decida libremente no tener descendencia, pero, por favor, dejen de juzgar a los que sí lo hemos decidido”.

Abandonando el lenguaje de las corrientes filosóficas, paso ahora a adoptar el de los conceptos límite, por el cual abogo, tal y como los encontramos en el ensayo: un Prólogo, que presenta los fundamentos que van desde el primer hombre (¿Adán?) hasta el moderno giro lingüístico wittgensteiniano, universalizando al hombre y el nombre. (“Elegir nombre es apasionante”). Todos los demás capítulos que se suceden son sólidos y rocosos (Sísifo), empezando por el origen heracliteano (diríamos dialéctico, si la dialéctica no se viese tan mellada hoy por un uso excesivo) y la ensoñación de Segismundo (*La vida es sueño*) que nos conduce directamente a la ensoñación unamuniana (“Tener o no tener”) y las grandes filósofas “no madres” (las dos Simones, Beauvoir y Weil, y Hannah Arendt) o las “madres arrepentidas” de las que habla Orna Donath. Son actos de *in-moralidad* que usted debe experimentar sin clichés (cap. 4), porque, cuando *se tiene*, la sociedad toda con-mueve hacia la eticidad universal: “Fue muy bonito apreciar, en general, el respaldo de la sociedad”.

Es la vida que sale al encuentro (cap. 5) y tal vez por esto mismo, como en el viaje de Megan Foster, debieron enviar a un poeta, porque las emociones

suscitadas son lógica y filosóficamente indescriptibles. Tintinea en el alma un *sermo interior* (¿agustino?), desde un preexistir platónico o de María (Zambrano) que sostiene que en el nacer hay también un olvido. “El alma, que residía en un mundo ideal, debe olvidar todo lo que sabe antes de venir a este mundo”. Poesía y Filosofía, claros en el bosque, imaginarios sociales y colectivos donde el Hado, el Feto y el Fado que lo canta (enfadados) harían las delicias de Fernando Pessoa (María lo cita en dos ocasiones), al no conocer el por qué (cap. 8) o bien sentir el temor y el temblor del filósofo de la angustia. (Soren Kierkegaard).

Todo el libro nos sabe a deliciosa poesía (“Sabré el porqué cuando termine el tiempo”, Dickinson). También a filosofía moral. (“Se debe soportar el dolor”, Gadamer), porque toda gran poesía tiende siempre hacia el pensamiento, en tanto que el pensamiento que piensa lo que merece ser pensado camina por sendas vecinas a la poesía (nuevamente Heidegger) sin caer en la baratija de la autoayuda o cualquier otro texto de psicología práctica. Por eso los capítulos que restan tienen que ver con el no en el decir (y aun decidir), el acompañamiento, la duda, no cartesiana sino existencial, y nuevamente la locura (“bendita locura”) o la *sinrazón* de Rosa Chacel. Todas ellas ensortijadas en la vida (*via et vita*).

Porque la vida es vía y camino (“En el camino”, cap. 13), categorías muy presentes en la poesía (camino de perfección en Teresa, sendas luisianas, caminante de Machado...) y también en la filosofía medieval (*itinerarium mentis in Deum*), o en la metafísica moderna como alegoría del pensamiento (los caminos de Heidegger). María hace de lo pensado en el camino (caminado) la vía para hacer patente lo no pensado (no caminado) porque no de otro modo es la vida: “La vida como camino, con multitud de alternativas, atajos y direcciones” (p. 142), y que ella imagina peregrina (no olvidemos su origen vigués) en el *camino* de Compostela, con sus compañeros de Facultad, que “lo saben bien”; y tal vez por todo esto, calla, como el marinero del Conde Arnaldos: “Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va”.

Los dos últimos capítulos 15 y 16 están comprometidos. Son de bienvenida a Bruno (nombre de origen germano y también nombre del filósofo y poeta Giordano Bruno) y la presentación de Cecilia (cristiana, noble y patrona de los músicos). “De ellos pienso hablarlos cuando seáis mayores”. Tal vez ahí se encuentren otras claves.

